

La falange del Líbano

—Mi padre es falangista.
—¿Por qué?
—Bueno..., porque cree que la falange es capaz de defender al Líbano.
—¿A qué se dedica su padre?
—A los negocios. Tenemos propiedades.
—¿Van armados?
—Tenemos armas para defender la casa.
—¿Puedo verlas?
—Sí, claro que sí.

Lydia llama a un joven que permanece de pie al fondo del salón. Le habla en árabe. Al poco tiempo el joven reaparece con tres fusiles de guerra y una docena de cargadores.
—¿Son las armas de la casa?
—Sí. Las guardamos aquí en casa. Las utilizaremos si alguna vez el Líbano se va amenazado desde fuera, las emplearemos contra un enemigo de fuera para salvar al Líbano, para defender al Líbano.

Después me llevan a ver a un representante de comercio, que a ratos perdidos se dedica a la cría del gusano de seda. El animal que hizo ricos a los montañeros del Líbano antes del descubrimiento del nylon y de las sedas artificiales. Bajo las ramas de las moreras, cubiertas de grandes y ondulantes orugas blancas, el representante ha escondido un fusil ametrallador con seis cargadores.

De casa en casa voy descubriendo un fantástico arsenal: fusiles, ametralladoras y grandes cantidades de explosivos. Suficiente para volar la mitad de Beirut.

—¿Contra quién se defiende usted?
—¿Contra los enemigos!
—¿Y quiénes son esos enemigos?
Carrujadas.
—Los palestinos, los «feddayin»...
Esta vez ha sido la mujer quien ha hablado. Tiene treinta y ocho años, más o menos. Su hija, de dieciséis, se exhibe a su lado en minifalda. Su marido es ingeniero en Beirut. Lleva un gran bigote negro.

—No permitiremos que nadie se ría de nosotros.

Otra casa, otra ciudad, las mismas armas, la mismas profesiones de fe. En esa familia, todo el mundo es falangista, desde el padre hasta los hijos.

Nos encontramos en la carretera de Damasco, un poco antes de Kahalé, cuyos habitantes ametrallaron, el pasado mes de abril, a un cortejo que acompañaba a Siria el cuerpo de un oficial palestino muerto en el Sur del Líbano. Los «feddayin» exigieron que los comerciantes libaneses echasen los cerres de sus establecimientos al paso del convoy. Estos se negaron, y una mujer le escupió en la cara a un palestino que amenazaba con su metralleta a un verdulero. Los coman-

dos salieron de la ciudad haciendo disparos al aire.

Pero cuando volvió el convoy de Damasco, grupos de hombres emboscados en los tejados de las casas dispararon sobre él. Diecisiete «feddayin» resultaron muertos en el tiroteo. Era el Lunes Santo. Tras el incidente, la gendarmería libanesa cercó el poblado y registró una por una todas las casas. La orden la había dado el ministro del Interior, Kamal Jumblatt. No se encontró nada, ni un arma siquiera. Solamente detuvieron a un lugareño. En su casa había una docena de colchones, y él no pudo demostrar para qué los había utilizado.

Como no soy policía, dondequiera que voy me enseñan las armas de que disponen. Parece ser que es una larga tradición en la montaña libanesa eso de poseer armas. Pero cuando por un fusil automático ruso llegan a pagar hasta 1.400 libras libanesas (30.000 pesetas, aproximadamente) es que deben de sentirse realmente amenazados. El director de una gran fábrica en las cercanías de Beirut me contó que sus obreros habían solicitado adelantos para comprarse fusiles...

Toda esta gente es cristiana. Le pregunté a uno si se sentía árabe.

—Hablo árabe —me contestó lacónicamente.

Y Pierre Gemayel, «jefe supremo» de las falanges, truce estos sentimientos cuando declara:

—Para nosotros, antes que el drama árabe-israelí, está el drama árabe-libanés. Usted sabe perfectamente que en el mundo árabe la religión va antes de nada. Cuando alguien nos pregunta: «¿Por qué no dicen ustedes que el Líbano es árabe?». Nosotros siempre contestamos: «Antes de reconocer que el Líbano es árabe, queremos que nos definan la palabra "árabe"». Para nosotros, la palabra "árabe" quiere decir Islam. Cuando nos demuestran que la palabra "árabe" no quiere decir musulmán, entonces estaremos en condiciones de discutir.

Sesenta y tres años, bien conservado, con un rostro regular, en el que brillan un par de ojos claros, Pierre Gemayel pretende encarnar, desde hace treinta y cuatro años, el nacionalismo libanés. A mi pregunta de por qué había creado las falanges, él me contestó:

—En mil novecientos treinta y seis representé al Líbano en la Olimpiada de Berlín (Pierre Gemayel era por aquel entonces capitán del equipo de fútbol libanés). Y allí descubrí la disciplina. Esto quizá les resulte difícil de comprender a ustedes los europeos, que tienen el servicio militar y son gente disciplinada. Pero los libaneses somos indisciplinados e individualistas. Entonces yo me dije: ¿por qué no crear aquí, en el Líbano, una organización que enseñe la disciplina? Y creamos ese movimiento que hemos calificado de falanges. Era una especie de escuela moral y cívica. ... Lo calcamos de los «sokols», el movimiento de las juventudes checoslovacas.



«Tenemos trescientos cincuenta mil refugiados en el Líbano. Naturalmente, después de la guerra de junio de mil novecientos sesenta y siete están desesperados...».

—¿Cuál es su postura con respecto a Israel?

—Tenemos trescientos cincuenta mil refugiados palestinos en el Líbano. Naturalmente, después de la guerra de junio de mil novecientos sesenta y siete están desesperados. Todas esas vanas promesas que se les hicieron. Ahora sólo quieren confiar en sí mismos. Los ideólogos, aprovechándose del problema palestino y de la pureza del movimiento «feddayin», maniobraron entonces a los comandos para cambiar nuestro régimen, que es, dentro del Medio Oriente, el único régimen de libertad y de democracia.

—¿Fue por eso por lo que se enfrentaron falangistas y «feddayin» durante la Semana Santa?

—Usted habla de enfrentamientos entre nuestros muchachos y los «feddayin». No, nunca se han producido choques entre nosotros. Sólo nos hemos opuesto a cuantos han tratado de destruir el Líbano.

—¿Cuál es su doctrina? ¿Qué entiende usted por «libanismo»?

—Somos un pequeño país de diez mil kilómetros cuadrados. No tenemos petróleo, nuestro subsuelo no es rico; lo único que podemos ofrecer es seguridad al capital extranjero que hace prosperar al país.

—¿Defiende usted el régimen de propiedad privada?

—Naturalmente. Pero los propietarios tienen también sus deberes, y el Estado ha de velar para que se cumplan.

En apoyo de sus teorías sociales, Pierre Gemayel cita la obra llevada a cabo por los tres ministros falangistas desde que entraron a formar parte del Gobierno, después de la guerra civil de 1958.

—Fuimos los primeros en introducir la seguridad social y también los primeros que redactamos un proyecto de ley sobre el trabajo.

Pero Pierre Gemayel pone los puntos sobre las íes. Habla de «nacionalismo social», no de socialismo, y su movimiento tomó en 1950 el nom-

bre de Partido Demócrata Social Libanés. Domina una escena política caracterizada por el desmenzamiento de las formaciones políticas agrupadas tradicionalmente en torno a determinadas familias. Así, con nueve diputados, de un total de noventa y nueve, los falangistas representan en la Cámara a un importante grupo parlamentario.

Es también la única organización sólidamente estructurada con sus «puntos», «sectores» y «zonas» que reagrupan a los militantes en el marco de una milicia. Estos milicianos llevan uniforme de combate caqui y boina negra. Yo los he visto montar guardia en tejados y balcones con ocasión del gran mitin falangista celebrado en Beirut el 10 de mayo último. Aquel día bajaron por millares del monte Líbano para aclamar a Pierre Gemayel y manifestar su voluntad de defender al país contra toda subversión.

El número de estos «comandos», dirigidos por un industrial de Beirut perteneciente a la iglesia ortodoxa griega, William Haoul, es difícil de determinar. Se habla de 1.200 hombres armados en Beirut y de una reserva de otros 5.000, a los que se puede movilizar en dos horas solamente. Los que he visto entrenarse en la montaña y también en Beirut, en los sótanos de la sede central de las «kataeb» —falanges en árabe—, parecían saber de qué iba la cosa.

Sus campos de entrenamiento son como campamentos de «boy-scouts». Su divisa es: «Dios, Familia, Patria».

La primera vez que fui a verlos simulaban una emboscada. Un ametrallador dispuesto sobre una roca lanzaba balas auténticas sobre un «jeep», del que saltaron sus cuatro ocupantes, devolviendo el fuego. El ejercicio lo dirigía Béchir Gemayel, hijo de Pierre.

De veintitrés años y estudiante, su secuestro, el Jueves Santo, a cargo de un grupo de «feddayin» del Fronte Popular (FPLP), cuando, de vuelta a Beirut, pasaba por el campamento de refugiados de Dékuaní, estuvo a punto de provocar una revolución. Fue al día siguiente del incidente de Kahalé y la tensión reinante era grande. Las falanges rodearon todos los centros de refugiados que hay en torno a la capital. Cuando se supo lo del secuestro, toda la montaña empezó a «moverse». Y Al Fatah se comprometió inmediatamente a liberar al hijo del «jefe supremo». No obstante, hubo un tiroteo entre «feddayin» y falangistas. Se registraron once muertos: diez palestinos y un suizo que acababan de franquiar una barrera falangista.

La falange está dirigida por un comité central de veinte miembros. El movimiento tiene su propia policía, sus servicios de sanidad, de transporte y de comunicación, sus contactos con los sindicatos y una asociación de estudiantes. Habrá que contar con la falange en los próximos días: en la lucha por la sucesión en el Líbano, los «boinas negras» han decidido luchar por su cuenta y presentar oficialmente la candidatura a la presidencia de la República de Pierre Gemayel. El «jefe supremo» de los falangistas no la conseguirá, pero el favorito en la carrera necesitará de su apoyo. ■ GENEVIEVE SANDA.